



Compra y venta. Muchos de los puestos de cambio están dirigidos a los emigrantes.

PERSONAL
por Oscar Tenorio



Muy pocos de los que deciden irse, conocen los peligros a los que se expondrán durante ese penoso viaje.

EL COSTO MÁS DOLOROSO DE LA SEPARACIÓN

Con cada partida, se abre una herida en el alma que nunca sanará, por bien o mal que termine una historia. Una noche antes de partir, el emigrante prefiere pasar sus últimas horas en este país en la casa de un pariente o de un amigo. No tiene la fortaleza suficiente para afrontar la congoja. Ver llorar a su mujer o a sus hijos, pidiéndole que no se vaya, podría detenerlo. Pero puede más la necesidad, la esperanza de un futuro mejor...

Así, con el corazón estrujado parten al alba. Unos, los menos, van con un coyote, luego de pagar por adelantado la mitad de lo pactado. Algunos llevan algo de dinero para lo que ellos - según sus consideraciones - será necesario en el viaje. Otros apenas llevan lo que les cobrará el autobús de San Salvador hasta la frontera con México.

De allí en adelante, viene la incertidumbre, tan terrible como la sensación que provoca estar a la orilla de un abismo. Muy pocos conocen los peligros a los que se expondrán, los animales venenosos de la selva - como en la nueva ruta -, las bandas de asaltantes y de las autoridades mismas que, paradójicamente, en vez de propiciar certeza, los despojan de lo poco que llevan, en muchos casos.

Sólo los más fuertes, como regla misma de la naturaleza, lograrán superar el vía crucis y llegar a los Estados Unidos. Pronto, comenzarán a enviar dólares, que se sumarán a los miles que mantienen esta economía.

Tiempo después, quizás dentro unos cinco o diez años, volverán al país. Sus hijos, ya jóvenes o adultos, les agradecerán por el sustento, sin embargo, resentirán la ausencia, la falta de ese calor que llamamos amor. Ese es el costo más doloroso de esa obligada separación.

LA ECONOMÍA AL PASO DE LA MIGRACIÓN

La industria generada en torno a las rutas de emigrantes en Mesoamérica está en alza. Más allá de las actividades delictivas que afectan al fenómeno, multitud de negocios legales encuentran en estos peregrinos a sus mejores clientes. Además, nunca faltan

Para muchos pueblos situados en el camino de la migración hacia los Estados Unidos, los emigrantes se han convertido en el principal motor de su economía y en los consumidores básicos de sus ofertas de servicios.

A pesar del estereotipo del emigrante irregular como alguien sin recursos e incluso relacionado con actividades delictivas, son en realidad importantes usuarios de negocios de telecomunicaciones, financieros, de transporte, hoteles y de alimentación.

El desarrollo de localidades guatemaltecas como Bethel, en la frontera natural con México del río Usumacinta, se ha basado en la llegada masiva de indocumentados. "Aquí todo el pueblo vive de ellos, aunque lo nieguen", manifestó César Estrada, lanchero y cambista de dinero.

Las personas que como él se enriquecen prestando servicios directos a los viajeros, ponen en marcha la cadena productiva al construir casas, realizar inversiones y adquirir una mayor cantidad y variedad de productos y servicios.

En Santa Elena, en el norte de Guatemala, al menos tres hoteles se nutren únicamente de emigrantes, así como la mayoría de los buses que se dirigen hacia puntos cercanos a la frontera.

Cambistas de dinero y vendedores ambulantes de comida y bebida han proliferado también en México para abastecer las necesidades de peregrinos y coyotes. En el desierto del Sásabe, buscando la frontera de Arizona, sorprende descubrir puestos en que se ofrecen gruesos jerseys, botas y abrigos, a elevados precios, cuando la temperatura en el día es superior a los 40 grados, mientras que en la noche baja drásticamente. Prendas que sólo los emigrantes compran para culminar su viaje al norte.

EN TODO EL MUNDO
En 2005 había entre 185 y 192 millones de emigrantes, casi el 3 por ciento de la población global, según Naciones Unidas

En el conjunto de América Latina, son 20 los millones que viven fuera de sus países, y envían un total de \$35 mil millones en re-

mesas a sus familias. Para El Salvador, las remesas suponen alrededor del 15 por ciento de su Producto Interno Bruto.

La mayoría trabaja en Estados Unidos, donde suelen ocupar los empleos que los nativos rechazan, como trabajos agrícolas, manuales o de servicios. De hecho, cuando existe un déficit de trabajadores inmigrantes, los precios de las frutas y verduras estadounidenses se disparan. Así ocurrió el mes pasado, cuando las redadas impidieron que una gran cantidad de naranjas de Florida y de uvas de California fueran recolectadas.

En el caso de los salvadoreños, una vez instalados en Estados Unidos, demandan servicios de llamadas internacionales, contratan servicios de envío de dinero y encomiendas, realizan inversiones como compra de tierras, utilizan compañías aéreas para regresar de vacaciones a su país y desean adquirir productos propios. El llamado consumo nostálgico incluye tamales, jocotes, mangos, marañón, pacaya, chile en pasta y salsa, así como artesanías típicas salvadoreñas.

Lea mañana **PETÉN. FRONTERA EN LA SELVA**